

# CIVIDAD

REVISTA DE MADRID PARA TODA ESPAÑA

*Este número  
contiene*

LA EXPEDICION IGLESIAS  
AL AMAZONAS

DOS POEMAS DE  
ALEJANDRO CASONA

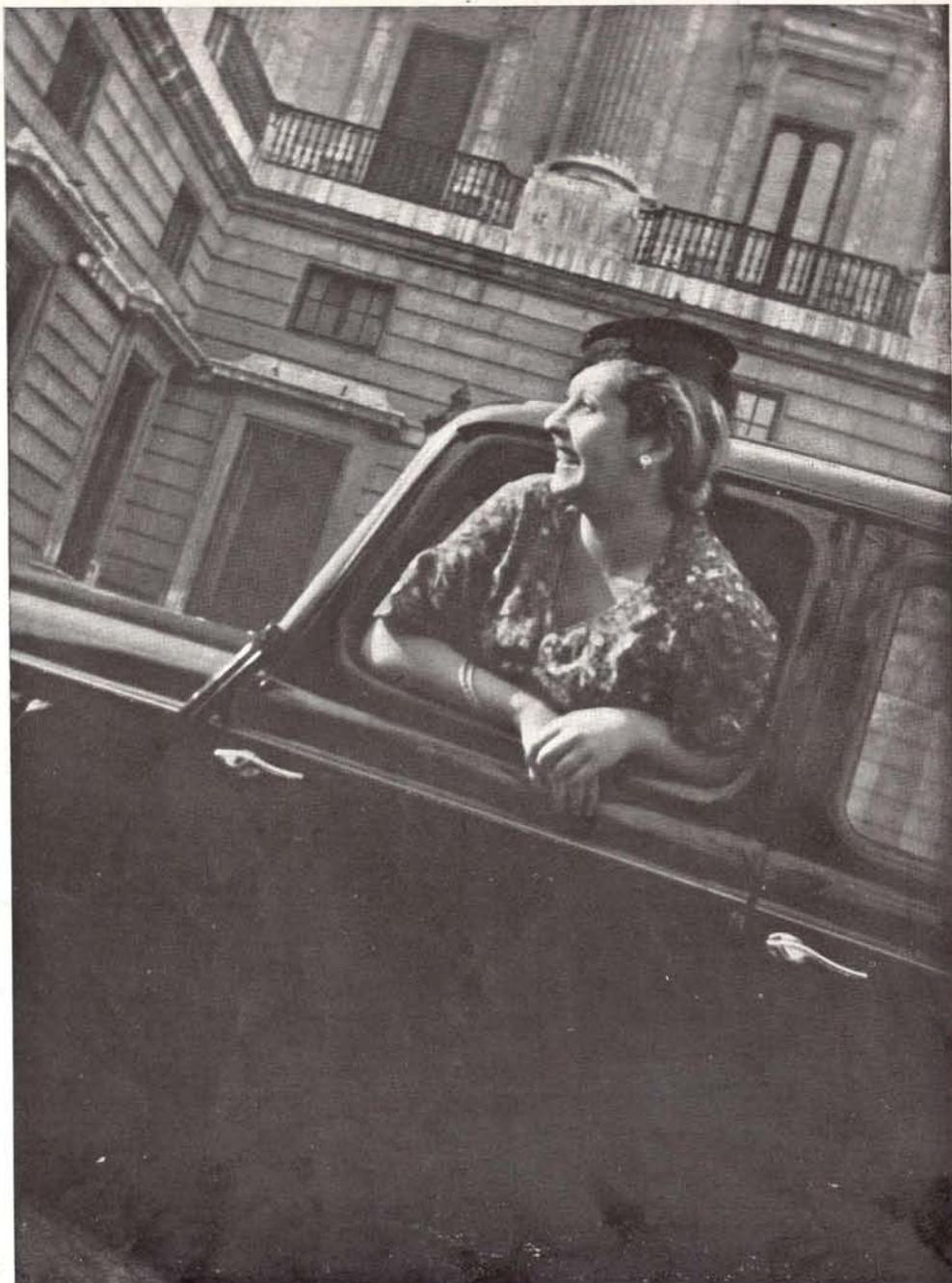
UN CUENTO DE  
EDUARDO BLANCO-AMOR

UN REPORTAJE DE  
ANGEL COLOMAR

UNA CRONICA ILUS-  
TRADA DE SANCHA

CUENTOS, ARTICULOS, NOTAS  
Y LAS SECCIONES HABITUALES

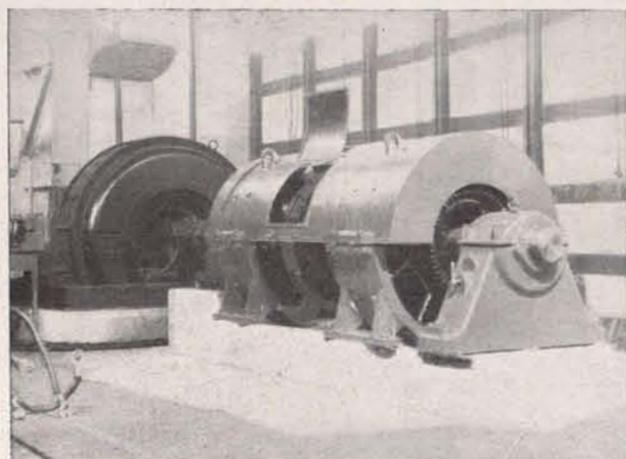
20 CENTIMOS



F O T O U E A N G E L A R A C I L

# UN EXITO BRILLANTE DE LA INDUSTRIA NACIONAL

No podía faltar en esta información sobre el "Artabro" una referencia, siquiera sea somera, a la característica más notable del mismo, que tan poderosamente llama la aten-



Motor de propulsión del ARTABRO, de 500 caballos a 300 revoluciones

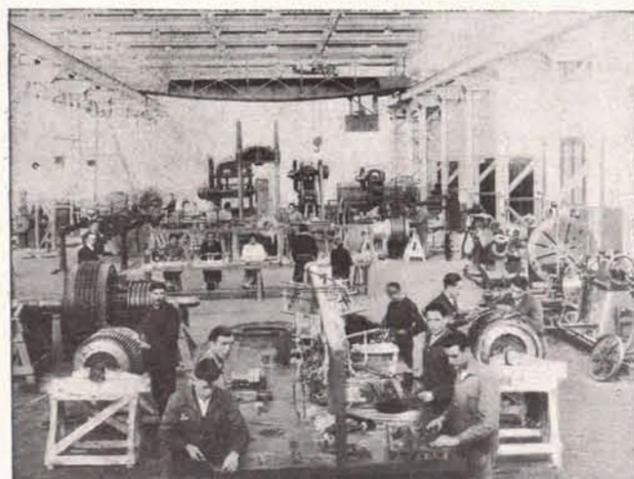
La maquinaria eléctrica del "Artabro", primer buque Diesel-eléctrico de España, ha sido totalmente fabricada por la "Constructora Nacional de Maquinaria Eléctrica"

ción a los procedimientos y patentes de la WESTINGHOUSE ELECTRIC & MANUFACTURING CO, iniciadora de la propulsión eléctrica, que ha equipado gran número de acorazados norteamericanos con dicho sistema, y que cuenta hoy día con el mayor número de instalaciones DIESEL ELECTRICAS del mundo.

ción por su seguridad y modernismo, y cuya introducción en España se debe a la iniciativa del capitán Iglesias: a la propulsión DIESEL ELECTRICA, que se utiliza por primera vez en un buque español.

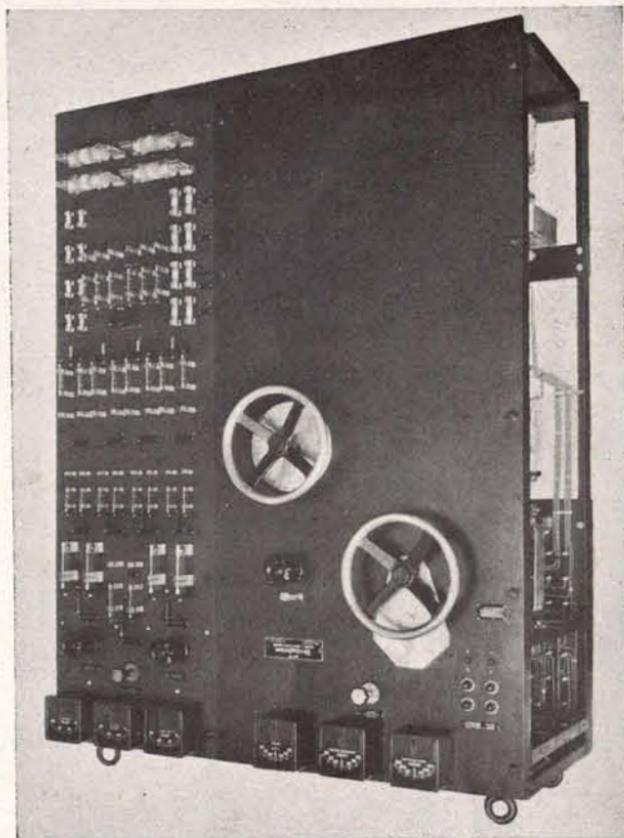
La realización del buque, *todo eléctrico*, constituye hoy día un hecho cuya importancia será, a no dudar, decisiva en el progreso de nuestras Marinas, mercante y de guerra, para cuyos buques presenta extraordinarias ventajas. Buena prueba de ello es que el "Normandie", el buque mayor del mundo, recientemente botado al agua, lleva propulsión eléctrica; que los portaviones "Lexington" y "Saratoga", los mayores buques de guerra, son también eléctricos, y que, a pesar de ser el sistema relativamente moderno, existen ya cerca de 500 buques eléctricos, con una potencia de unos tres millones de caballos, entre los cuales se cuentan acorazados, portaviones, cañoneros, buques hidrográficos, transatlánticos, petroleros, remolcadores, etc.

Recientemente decía el capitán Iglesias, refiriéndose a las ventajas de la propulsión eléctrica para el "Artabro", que era tan adecuada para las necesidades de la expedición, que, de no haber existido, hubiera tenido que inventarla. Otro tanto ocurre con la mayor parte de los buques.



Una vista de los talleres de Reinos

La CONSTRUCTORA NACIONAL DE MAQUINARIA ELECTRICA ha realizado una meritisima labor al tomar sobre sí la tarea ímproba y llena de responsabilidad de que esta primera instalación DIESEL ELECTRICA en buques españoles fuera completamente nacional. No ha perdonado para ello sacrificio alguno, afrontando no sólo las dificultades técnicas inevitables, sino lo perentorio del plazo de entrega fijado. Un merecido éxito ha coronado sus esfuerzos, y ello ha sido posible gracias a la incansable actividad y entusiasmo de la Sociedad, a la extraordinaria calidad de la mano de obra española y al hecho de haberse construido la maquinaria eléctrica con su-



Cuadro principal de maniobra del ARTABRO

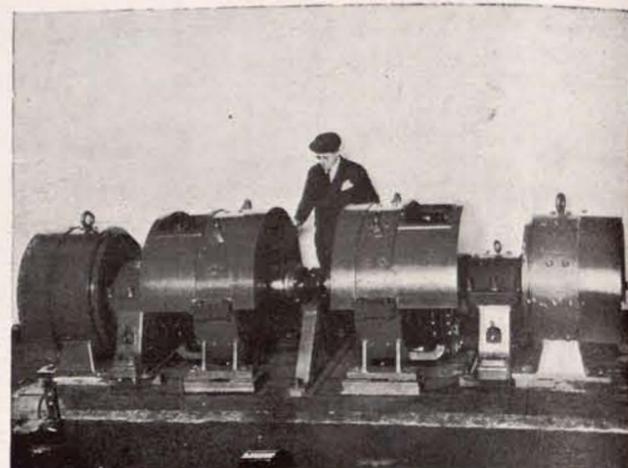
Los resultados de las pruebas recientemente realizadas ante la Comisión inspectora del Patronato, los ingenieros de la Unión Naval de Levante, los inspectores del LLOYDS REGISTER OF SHIPING y el personal directivo de la CONSTRUCTORA NACIONAL DE MAQUINARIA ELECTRICA, durante las cuales se sometió al equipo a los más rudos y variados ensayos, con éxito pleno, superior a todos los pronósticos, demuestran que el capitán Iglesias no ha confiado en balde en la capacidad de la industria española en general.

Como prueba del concepto que a la técnica española le merece la propulsión eléctrica, y en especial la fabricada



Fotografía tomada en ocasión de la visita del capitán Iglesias, con motivo de las pruebas del motor de propulsión

en España con patentes WESTINGHOUSE por la CONSTRUCTORA NACIONAL DE MAQUINARIA ELECTRICA, en sus fábricas de CORDOBA y REINO-

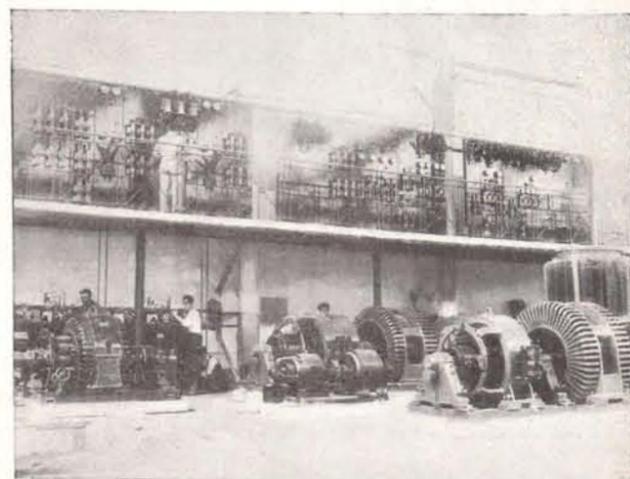


Los generadores y excitadores del ARTABRO, listos para las pruebas

SA, basta repasar el informe del asesor técnico del Patronato, Sr. Alonso Castrillo, al proponer la adjudicación (informe publicado en la "Crónica de la Expedición Iglesias al Amazonas"), en el que, después de inclinarse resueltamente por la propulsión DIESEL ELECTRICA, aconseja que ésta sea adjudicada a la CONSTRUCTORA NACIONAL DE MAQUINARIA ELECTRICA, porque "la casa WESTINGHOUSE, con cuyas patentes se construirá en España la parte eléctrica, puede considerarse como muy superior a las otras, por su mayor experiencia en este asunto".

El ingeniero inspector del Patronato, Sr. La Rosa, en reciente informe, dice, refiriéndose a las pruebas del motor de propulsión, que "los resultados fueron plenamente satisfactorios y demuestran que la industria nacional está, en esta rama, no sólo a la altura, sino que en algunos aspectos por encima de sus similares extranjeras. Durante el curso de las diferentes inspecciones realizadas con anterioridad a las pruebas, se pudo comprobar que los generadores, motores, etc., de este equipo de propulsión han sido contruidos todos ellos *realmente* en REINOSA."

Nuestra enhorabuena a la CONSTRUCTORA NACIO-



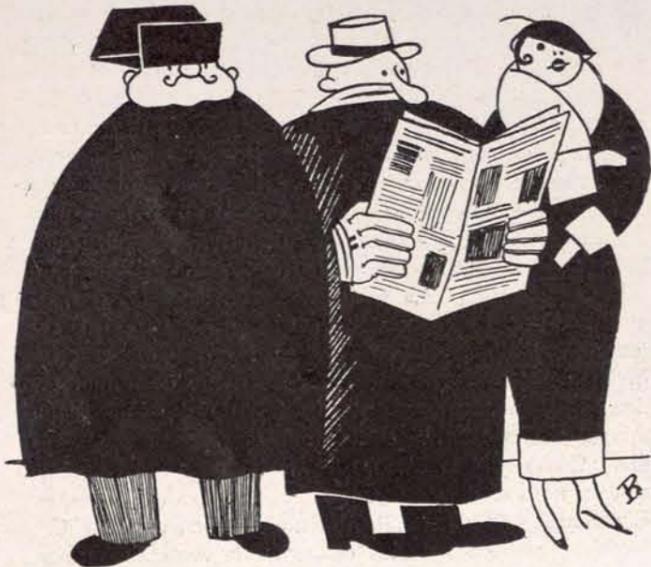
Plataforma de pruebas, de la fábrica de Reinos, de la "Constructora Nacional de Maquinaria Eléctrica"

NAL DE MAQUINARIA ELECTRICA por el éxito alcanzado en la construcción de este equipo; a la WESTINGHOUSE, por continuar su tradición de equipar los buques más notables, y al ingeniero D. Jaime G. de Aledo, por haber, al fin, visto realizado su deseo de que España cuente con un buque de propulsión eléctrica.

Hágamos votos por el éxito de la Expedición Iglesias, y que esta magnífica experiencia del "Artabro" no se olvide en los futuros programas navales ni en la ley de Comunicaciones marítimas. ¡Quién sabe si en la realización del transatlántico *todo eléctrico* está el secreto del futuro éxito de nuestras líneas de pasaje!

MANIA Y TRANSITO DEL DR. CHERUBINI, relato humorístico de Eduardo Blanco-Amor, en el que se convoca a una serie de tipos extraños, muy propios del ambiente cosmopolita de Buenos Aires, en torno a la anécdota argumental. Las características de observación psicológica y de seguro trazado de los personajes, tan propias del estilo narrativo de nuestro compañero, tienen en este cuento una de sus más brillantes manifestaciones.

Félix Pita Rodríguez firma una fantasía romántica titulada PUCK, VENDEDOR AMBULANTE, que Arteché decora con unas magníficas ilustraciones.



Director: VICTOR DE LA SERNA

Redactor-Jefe: EDUARDO BLANCO-AMOR

Dirección, Redacción y Administración:  
PALACIO DE LA PRENSA.—MADRID  
Teléfono núm. 20360

APARECE TODOS LOS MIERCOLES

Año II. 13 de Febrero de 1935 Núm. 8



ALEJANDRO CASONA

El joven vocación del poeta, con la cuajada sabiduría del filósofo, establecido a través de largas conversaciones y vagares por las noches azules de las islas y por sus días de oro, en íntima comunión con el paisaje, han dictado estas páginas fervorosas y sinceras, en las cuales lo literario y lo periodístico se compensan en una síntesis graciosa y original.

EPITAFIOS es una conferencia apócrifa, que firma Antonio Asenjo. La legítima gracia del gran sainetero está presente en esta antología del disparate póstumo, que nuestro colaborador ha espigado en los cementerios de España y que, a pesar de su lúgubre origen, regocijará a nuestros lectores.

Jaime Menéndez ha destacado su firma en el periodismo en el análisis de los problemas internacionales. Su objetividad y estu-

dio histórico de los temas que trata lo consagran en la primera fila de los especialistas en política extranjera. Su libro reciente, VISPERAS DE CATASTROFE, ha venido a confirmar el prestigio de que gozó entre los periodistas españoles. Inicia su colaboración en "CIUDAD" con un estudio de la política inglesa.

Enrique Azcoaga, escritor cuya juventud no le excluye de las serias preocupaciones de nuestro tiempo, firma CARTA A BRUTO, un ensayo crítico de excelente orientación.



ENRIQUE AZCOAGA

UN DUELO EN 189... es una vivaz crónica de época, escrita y dibujada por Sancha, a la que seguirán otras del mismo estilo en próximas ediciones.

De Angel Ara son los DOS POEMAS EN PROSA que, por una omisión tipográfica, figuran en el pliego respectivo sin firma. Prosas de gran vuelo lírico, como corresponde al género a que pertenecen.

Completan esta edición, una nota sobre la Expedición al Amazonas, que prepara el capitán Iglesias, una crónica ilustrada sobre Estocolmo y nuestras secciones habituales, entre la que destacamos la correspondencia sobre Modas, de nuestra redactora en París Mlle. Millet.

## LA SEMANA



4 FEB 2009



LÁGRIMAS de sangre derrama, en nombre de la tradición y de alguna otra circunstancia oculta, un conocido mesonero de esta villa, que ve su corral amenazado por la piqueta del Municipio. Se trata, al parecer, de insertar en el sistema sentimental de Madrid el valor de este mesón, donde un buen día tuvieron unos intelectuales el capricho de reunirse a comer. No diré yo que a comer mal, porque poseo escasa información acerca de las habilidades del cocinero del mesón aludido. Desde entonces, el mesón ha pasado a ser algo así como el Teatro Apolo del arte culinario, y los llamados "castizos" le han arropado con sus capas y sus pañuelos blancos de seda. Todo ello, con grande y rústico regocijo del mesonero, a quien hay que reconocer un ta-

lento nada vulgar como director del coro de plañideras.

Declaramos encontrarnos fuera del sistema sentimental a que hemos hecho referencia, e igualmente declaramos que nos parece muy bien que, si el mesón estorba, debe ser derruido, ya que no guarda en su ámbito ni un adarme de tradición respetable o prestigiosa. Podemos conservar, en cambio, el ánfora donde viertan sus lágrimas los "castizos".

Contrasta este llanto copioso con la impavidez con que se ha contemplado otro hecho: el de la próxima demolición del convento de la Santa Fe, de las Comendadoras de Santiago de Toledo. Además de su belleza arquitectónica y de formar parte del conjunto artístico más respetable de España, este convento tiene un enorme valor tradicional. En él fué abadesa doña Sancha Alfonso, la doncella que no quiso ser reina de León. Con su reclusión en Toledo resolvió la severa virgen leonesa nada menos que la unidad de la corona de Castilla, hecho trascendental que cuajó entre faldas de dueñas, y en el que acreditó sus dotes insuperables de diplomacia e intriga la gran reina doña Berenguela. Nos parecería interesante llorar un poco por la pérdida del convento de la Santa Fe, y si es inevitable que el Banco de España edifique sobre sus ruinas una sucursal, pedirle que conserve, en lo posible, la parte arquitectónica respetable del secular edificio, donde se conserva incorrupto el cuerpo de la virgen que no quiso ser reina, para mayor honra y gloria de Castilla y provecho de don Fernando el Santo, hermano de padre de doña Sancha Alfonso.

El capitán Francisco Iglesias Brage, hijo de la verde ribera donde se anudan las más ilustres singladuras de la civilización occidental, parte alegremente, henchido el ánimo de esperanzas, para una aventura limpia y generosa, tras la cual se marchan las aficiones de toda la juventud española madura.

Aire marino penetra, con esta partida, en los rincones apestosos a tabaco y a recuelo, donde se intoxicaba una generación de españoles. El sentido optimista y afirmativo de la Expedición Iglesias al Amazonas acusa el *punch* con que irrumpe en la vida de España una generación atlética, que se baña y se afeita todos los días y que mira de frente, horizontalmente, al porvenir. Marañón ha saludado a esta aventura con este "vitor", que queremos repetir aquí:

"¡Por España, capitán!"

CON permiso "del ordinario" y de la Academia de la Granja (de la Granja El Hénar), séanos permitido un elogio nada menos que a Federico García Sanchiz. Esperamos el anatema de toda una tribu de intelectuales y humillamos la cerviz ante tan terrible suceso. No es un elogio literario el que queremos hacer a Federico García Sanchiz, a quien nos une escasa amistad y cuyas "charlas líricas" desconocemos en absoluto.

Hay un hecho, que no es trivial. Un escritor, a quien como tal no calificamos ahora ni de malo ni de bueno, mueve masas de españoles con literatura. Esto es algo muy importante. Manejando tópicos literarios y textos de viejos libros, Federico García Sanchiz está nutriendo con excelente alimento espiritual el ansia de recuperación nacional de una masa, la media, precisamente la que no tenía para su servicio un contenido espiritual común. García Sanchiz va avivando un sentimiento adormecido, a puros versos toscos de cuaderna vía. El romance balbuciente golpea con rudeza la zona ciega y sorda, y van surgiendo luces y resonancias donde nada había antes. Y hacer nacer un oasis en un desierto, sin más vara mágica que la palabra embellecida por el verso antiguo, no es una trivialidad. Es una obra que merece un elogio cálido y un aplauso generoso. Nosotros se lo tributamos, desde nuestro punto de vista, al escritor y al español. Nos basta para ello con contemplar los efectos de su obra. El instrumento de ella puede parecerles a algunos deleznable desde el punto de vista del arte puro. No entramos ni salimos en la contienda literaria, si se suscita. Tan sólo hemos de decir que quien sabe manejar con dignidad el tesoro de nuestra poesía secular y despertar con ella sentimientos nobles y fortificar con ella el espíritu nacional, realiza una obra, precisamente literaria, del más alto valor. Porque si la literatura, como cualquier arte, no tiene un contenido social y nacional, además del contenido puramente artístico, es aire.



EL acontecimiento de la semana es la botadura del *Artabro*. Hallará el lector abundantes referencias en este número. No es escasa la literatura que nos permitimos arrojar sobre tan señalado suceso, y pedimos perdón por las consecuencias que de la lectura se deriven.

Pero la botadura del barco-laboratorio, el primero de esta clase que se construye en España, es un punto de partida de un enorme valor para el espíritu de nuestro tiempo.

# MOTIVOS DE LA CIUDAD Por MAESE BUSCON

## Se prohíbe...

HABÍA un zapatero remendón en mi pueblo, en torno a cuyo brasero templábamos nuestros ocios de estudiantes, es decir, toda nuestra vida de estudiantes de pueblo lluvioso, con Instituto de aulas húmedas, donde unos maestros con asma nos hablaban de cosas tristes con monótona voz jubilada, incitadora del sueño. El tal zapatero, protector de nuestras grandes partidas de "siete y media", prestamista a ratos y proveedor de infecta picadura tabacalera en las épocas de inopia, tenía colocado un gran cartelón, precisamente encima del retrato de Nákens, con esta somera leyenda: "Se prohíbe." Y nada más. Y era suficiente. Esta tácita prohibición universal la aplicaba como jurisprudencia sabia a las necesidades de cada instante. Por ejemplo:

—Marcial, ¿no tienes un cigarrillo?

Y Marcial se concretaba a señalarnos con la lezna el cartelón.

—¡Bueno! ¿Y qué?

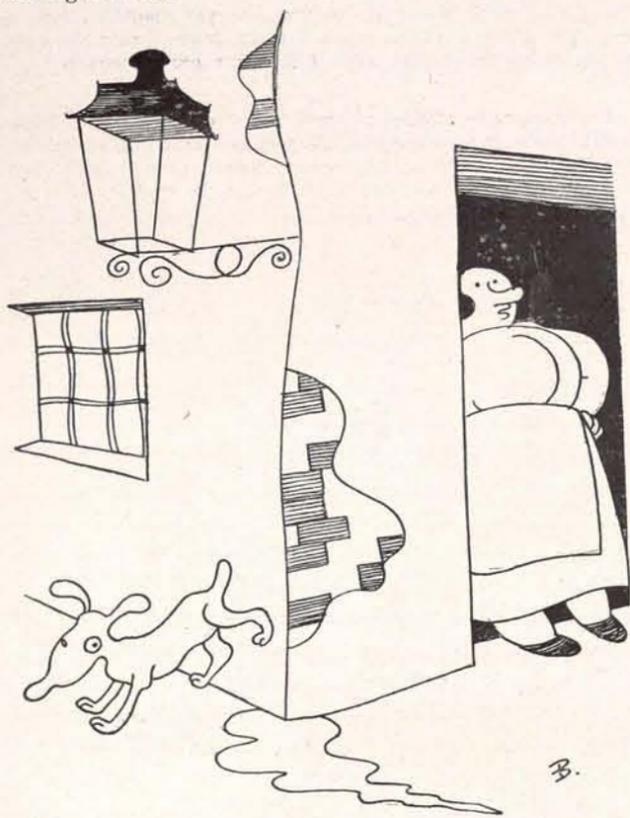
—¿No sabes leer?

—Hombre, sí.

—Pues ya ves que se prohíbe.

—¿Se prohíbe qué?

—¡Me parece que está bastante claro! Se prohíbe pedir cigarrillos...



Y otras veces:

—Marcial, ¿no puedes prestarme una peseta hasta el primero de mes, que me llegan los cuartos?

Y Marcial señalaba con la chaira su inexorable y breve código.

—¡No te entiendo!

—¡Ah, lambón! ¿Y para eso andas en el estudio? ¡Valiente abogado vas a salir! Pues está bien claro: que se prohíbe pedir pesetas.

Y así con todo. Naturalmente, este precaucionismo del zapatero excitaba nuestro natural dialéctico, y terminábamos sacándole los cuatro reales y la cajetilla. Porque, como éramos hijos de la generación del 98, nos sentíamos "hombres de viceversa", y las prohibiciones, lejos de alentar en nosotros el respeto debido por los ciudadanos a la ley, lo que hacían era incitarnos a su inmediata desobediencia.

ESTE notable apólogo me viene a las mientes con motivo de haber observado que este Madrid es una de las ciudades más "prohibidas" de cuantas hay en el vasto mundo y, en consecuencia, la ciudad en donde la gente hace más y mejor lo que le viene en gana. Se prohíbe fumar y escupir en los tranvías. Y los ciudadanos piensan: "¡Hombre, tengo ganas de fumar y, además, con estos fríos ando bastante acatarrado; voy a tomar un 8! ¿Que tengo aquí, en este cruce de la calle, un lugar indicado por carteles, rayas de cal, faros de tráfico y guardias de la porra, para alcanzar sin riesgo la otra acera? Pues me voy veinte metros más abajo, a fin de cruzar la calzada serpenteando por entre los "autos", para darles un buen sofocón a los choferes. Estas aceras de la calle de la Montera son realmente homicidas. A quince centímetros de su borde pasan los tranvías y los "autos". No caben en ella más que dos personas, y no han de ser muy atléticas; es una de las calles de más tránsito de la ciudad... Bien, pues aquí me quedo parado, con tres amigos más, comentando durante una hora el partido de fútbol."

Todavía hay letreros en algunas paredes de la capital de España que sonrojarian a los habitantes del Cairo moderno. El otro día acompañaba yo a unas estudiantes finlandesas por los barrios típicos de Madrid. Y de pronto, una me pregunta:

—Mister Buscón: ¿qué es "hacer aguas"?

—Tirar agua por la ventana—respondí de prisa y con infundio evidente.

—Pues ya son precavidos los curas de esta iglesia, que temen el agua que pueda caerles desde las casas inmediatas, que están a más de cincuenta metros, y que son mucho más bajas.

AL pasar, ya obscureciendo, por el arco de San Ginés, nuestras gentiles visitantes dieron un respingo de horror, seguido de risitas maliciosas. Allí estaba, vuelto de espaldas, el personaje de los tapices de Teniers, haciendo lo mismo que en los tapices de Teniers. Fué posible desentenderse de la escena hasta que no llegamos al vado, que, por cierto, era imponente. Y yo, voladísimo, aclaré:

—Señorita, usted me perdonará, pero yo soy hombre de informaciones exactas, y me va remordiéndome la conciencia. Eso son las aguas de que hablábamos.

Y el profesor que las acompañaba, un "privat docent" de la Universidad de Helsingfors, intervino, bondadoso y didascálico, como queriendo sacarme del apuro, al mismo tiempo que me informaba de la solidez de su saber:

—¡Oh!, ya había yo observado, mediante una meticolosa comparación de estadísticas, que Madrid es la ciudad más... más... en fin, más "mojada" de Europa, a pesar de esos escandalosos carteles.

DATO que brindo a los aficionados a records. Y eso ocurre, creo yo, no tanto por los principios de desobediencia civil que le debemos a la generación del 98, sino porque en cada sitio donde hay uno de esos insolentes "Se prohíbe" cosas mayores y menores—¡vaya manera de señalar, sea dicho de paso!—, lo que debía de haber es uno de esos refugios cuya designación eufemística hacemos mediante la enunciación de dos palabras extraídas de la noble lengua de Shakespeare...

## Miss Kattle y la música

ESTUVE a devolverle la visita a Miss Kattle, pues yo soy muy cumplido en mis cosas y me gusta representar bien mi papel europeo. Además, un amigo oficioso me trajo la interesada soplonería de que la corresponsala—el académico Sr. Fernández Flórez me informa, mediante una carta en finos caracteres griegos, que debe decirse corresponsala—del *Presbyterian Bulletin* había recibido hasta veintidós botellas de *whisky* "White Horse" legítimo y unas docenas de cajas de excelente tabaco. ¡Lejos de mi mente el pensar que mi visita obedecía a la baja intención de soplar unos cuantos vasos del rubio si que también generoso brebaje y de traerme los bolsillos del gabán bien forrados de olorosos cigarrillos! Pero convendrá conmigo el muy fino lector que ambos elementos hacen más agradable una visita, y más teniendo en cuenta que el día de autos hacía un frío que pelaba.

MISS Kattle me recibió con cordiales extremos, me sirvió de inmediato un *whisky*, a pesar de mi heroica resistencia, y puso delante de mí gula de fumador una caja de palisandro llena de cigarrillos blancos, apretados, uniformes y rítmicos, como una interpretación de las once mil vírgenes hecha por un cubista. Bien sentados en un espléndido butacón del céntrico hotel—y no digo el nombre del mismo porque no nos da el anuncio—, comenzamos nuestra divagatoria charla envueltos en azules humos y sintiendo los templados tentáculos del *whisky* en blanda caricia por las anfractuosidades físicas y metafísicas de nuestro mundo interior (¡vaya tío escribiendo!).

No, lector amigo, no: no hubo escena de amor. Hay que empezar por ser europeo en esto de estar a solas con una dama, en íntimo coloquio, sin arrearle un pellizco de buenas a primeras. Bueno, la verdad es que las gafas, las ideas y los zapatones de Miss Kattle son la propia castidad. Pero aun cuando así no fuera...

Miss Kattle está indignada con las cosas de España. Y, como es natural en un escritor nórdico, gradúa su indignación en fórmulas estadísticas de la más fehaciente utilidad. Ahora se trata de la música. Miss Kattle, como las otras damas inglesas, es, además de fumadora, presbiteriana y bebedora de *whisky*, una apasionada melómana. Y está furiosa. Y apela a la estadística para demostrarme que España es un país inferior.

—Comprendo que usted, patrióticamente, trate de defenderse; pero no hay excusa posible ante los números. ¿Qué idea tiene usted de Checoslovaquia, pongo por caso?

—Muy vaga, señora, muy vaga. Creo que es un país

que está muy lejos y en el que hay gente que toca muy bien el acordeón.

PUES sepa usted que en Praga, que es su capital, se han celebrado en lo que va de invierno cuarenta conciertos sinfónicos y muchísimas óperas fueron representadas. No hablemos de Berlín, donde los conciertos suman más de noventa, sin contar los de artistas individuales; ni de Viena, pobre como las más pobres ratas, donde los actos musicales de primer orden pasan del centenar; ni de Múnic, ni de Estocolmo, cuyo Palacio de Concursos no cierra sus puertas en la mayor parte del año... Y aquí, ¿qué? Dos excelentes orquestas preparándose todo el año, para salir del paso con una veintena escasa, entre las dos, de audiciones no siempre muy selectas; ausencia total de representaciones de ópera, de "ballets" y de conciertos individuales. ¿Sabe usted cuantos concertistas de primer orden han pasado este invierno por Calcuta? Treinta, según mis estadísticas. Están ustedes muy por debajo de la India. ¿Cómo quieren ustedes elevar los gustos del pueblo, si éste no oye más que tangos y rumbas fabricadas en Barcelona, colombianas totalmente desconocidas en Colombia y pericones de los cuales en la Argentina no se tiene ni noticia? Confusión, vulgaridad, pésimo gusto, ordinario: eso es todo cuanto de música se oye en Madrid. Es una vergüenza que para escuchar algunas manifestaciones del espléndido arte popular de España haya que perderse en los barrios bajos, en teatros de ínfima clase,



poblados de gente sucia y gritona, que está en el salón comiendo castañas... Y todo para escuchar a ese "Angelillo", pongo por ejemplo, que siempre está cantando "Pagliacci", o para ver a una venerable fregona zarandeando los sebos de las caderas, como si aquello tuviese algo que ver con la finura y la hondura del canto y del baile del sur de España. Y del resto de España, de las magníficas danzas y canciones de Cataluña, Galicia, Asturias, Castilla, nada, o algo que es peor que nada: de vez en cuando, una pantomima carnavalesca, que el habitante de Madrid, que nunca sabe de España, quizás porque no le han enseñado a amar y a respetar una España que no es Madrid, y que es tanto o más España que Madrid, va a ver con el mismo criterio, entre curioso y ajeno, que si le pusiesen delante unas cuantas manifestaciones del folklore crímeo. Así no se hace nada, ni se llega a nada. El español, rodeado de música por todas partes, es, sin embargo, el hombre menos musical de Europa. Y es que la norma la da este Madrid sordo y afónico, donde las orquestas dan su música por cuentagotas y donde Casals, pongo por otro ejemplo, un español mimado en todo el mundo, no es escuchado hace varios años, quizás porque no hay quien lo contrate...

—¿Y en consecuencia, Miss Kattle?—le dije, poniendo la pregunta como un dique a la torrentera.

LA consecuencia dedúzcala usted, que a mí me incumbe observar y decirle a usted, como buena compañera, el producto de mis observaciones. Pero a mí me parece que una capital de Europa privada de buena música es una cosa incompleta, triste e insulsa. ¿O es que sigue usted creyendo que ser capital y ser Europa consiste en tener un "Metro", donde, por cierto, siempre hay olor a rata muerta; unos cuantos "taxis" indisciplinados y una casa de doce pisos, que permite hablar a los periodistas de este lugar de la Mancha muy pomposamente de "nuestros rascacielos"?...

# C I U D A D E S D E L M U N D O

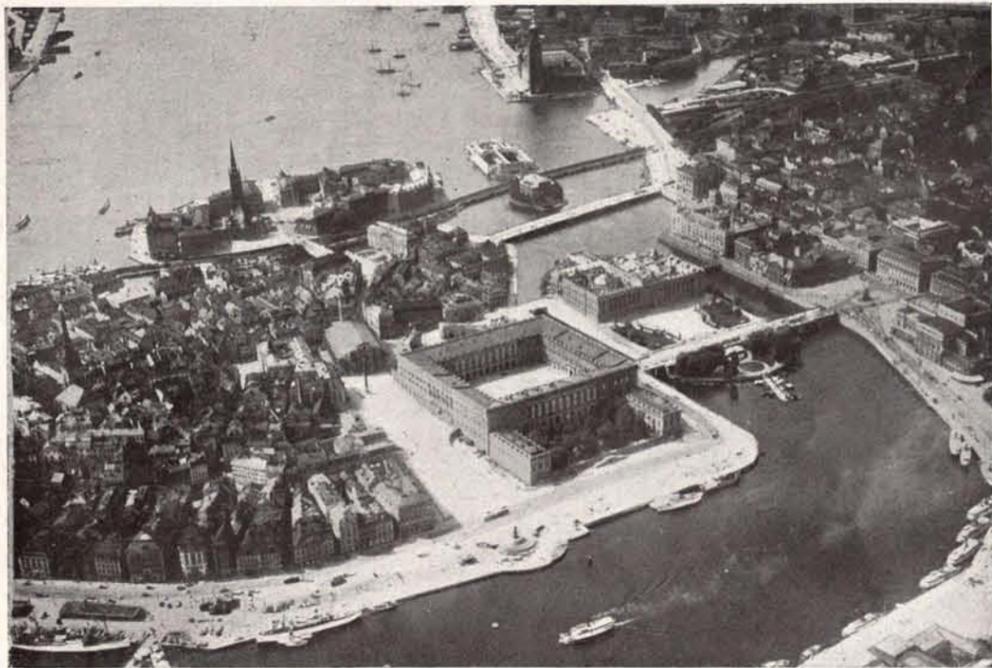
## E S T O C O L M O

La bella capital de Suecia se encuentra en el punto donde las aguas del lago Mälär se vierten, formando un torrente corto e impetuoso, el Norrström, en una amplia bahía del Báltico. La ciudad fué fundada sobre esta corriente, sobre tres islas, a mediados del siglo XIII, por el sabio ministro Birger Jarl, con objeto de proteger el Mälär y las provincias a él vecinas contra las incursiones de los piratas paganos de la parte oriental del Báltico. Gracias a su posición favorable, se desarrolló con rapidez, convirtiéndose pronto en la ciudad más importante y en capital del país. Su población, en la actualidad, es de unos 450.000 habitantes. Aunque la mayor parte de la Estocolmo de hoy está edificada en tierra firme, al Norte y al Sur del Norrström, el resto de la población se extiende sobre trece islas, pequeñas y alargadas, siendo, seguramente, pocas las ciudades que están surcadas por tantos canales como la capital de Suecia.

A esta alternativa de corrientes rápidas y aguas más tranquilas se debe la peculiar y cautivadora belleza de Estocolmo. Gran número de pequeños vapores se dedica al transporte de pasajeros por los canales principales del interior de la ciudad. Hay bellos jardines y parques, como Humlegården y Kugsträdgården (Jardín Real), y, además, son muchas las tranquilas plazoletas extendidas por toda la ciudad. El mayor de los parques es el magnífico Djurgården, paraje agreste, modificado por una mano hábil, de suaves líneas onduladas, con veredas sombrías, rodeado de agua por todas partes.

Dispone la hermosa y fina ciudad escandinava de hermosos paseos, dentro y fuera de la ciudad, y la facilidad de comunicación entre ésta y sus alrededores aumenta grandemente el encanto de las excursiones. Uno de los recuerdos de Estocolmo que más viven y perduran es, sin duda, el hechizo de las blancas noches de junio, cuando una claridad tenue reemplaza a las tinieblas, cuando las veloces aguas del Norrström y los grises muros del Palacio Real semejan una fantasmagoría, en la que no es posible distinguir la realidad de la ilusión.

Pero también en los blancos días de invierno, cuando el aire es puro y transparente y la nie-



Vista parcial de Estocolmo antiguo, con sus bellos puentes y sus canales.

ve y el hielo relumbran al sol, Estocolmo posee exquisita belleza. Durante los alegres meses de febrero y marzo alcanza su apogeo la vida activa y sana de los inviernos nórdicos.

Estocolmo, aunque es ciudad moderna, cuenta entre sus rasgos más atractivos su riqueza en recuerdos históricos. La ciudad vieja, la "Ciudad entre los puentes", situada sobre una isla del Norrström, conserva aún las características de una ciudad medieval. Un paseo a través de sus callejas estrechas y tortuosas, con sus extrañas casas antiguas, está lleno del perfume de los tiempos que fueron. En esta isla está el Palacio Real, gran edificio, de estilo Renacimiento italiano, construido según los planos del arquitecto sueco más famoso, Nicodemus Tessin. El interior es de un puro estilo francés.

No lejos de Palacio está el Palacio de la Nobleza, edificado en el siglo XVII, en el estilo Renacimiento alemán: es uno de los más bellos edificios de Estocolmo. También son interesantes las iglesias de la ciudad vieja. La iglesia de Riddarholmen contiene las tumbas de Gustavo Adolfo, Carlos XII y casi todos los demás reyes suecos.

El notable renacimiento de la arquitectura en Suecia durante este siglo puede observarse en varios hermosos edificios de la capital y de otros puntos. Debemos mencionar aquí el Palacio de Justicia, el notabilísimo de la Música, las iglesias Högald y Engelbrekt, el famoso Stadium y la magnífica escuela de Ingeniería y Arquitectura. Sin embargo, la obra maestra del estilo nacional es el Ayuntamiento, construido en los años de 1911 a 1923, según los planos de Ragnar Ostberg, y que se considera como uno de los más bellos edificios modernos de Europa. Su aspecto es imponente, a orillas del lago, con su elevada torre. Rico, aunque ponderado en líneas y masas, es muestra interesante de una nueva fusión entre lo clásico y lo moderno. No menos notable es la perfección de la mano de obra. El interior del Ayuntamiento da una idea de lo

Fotos

del Patronato

Nacional de Turismo

de

Suecia



El Ayuntamiento de Estocolmo.

mejor que pueden producir en dibujo decorativo los artistas suecos, en este respecto célebres en el mundo entero.

Son muy interesantes los Museos de Estocolmo. El del norte es el centro de la cultura sueca, y sus colecciones representan el progreso de la civilización en el país desde los tiempos más lejanos, y ponen de manifiesto las diferentes edades de la vida sueca.

Desde Skansen se goza de una de las más hermosas vistas de la ciudad, situada sobre una feliz conjunción de agua y de bosques.

El Museo Nacional tiene una colección muy completa de obras de arte sueco, entre las que figuran las de Zorn, Liljefors, Carl Larsson, el Príncipe Eugenio y otros buenos pintores. Las galerías de pintura contienen también muy buenos cuadros de las escuelas francesa, alemana y española, entre los cuales culmina el "Claudius Civilis", de Rembrandt, de fama mundial. También son muy selectas las colecciones arqueológicas de este Museo.

La galería Thiel, de pintura, ofrece magníficas muestras del arte moderno, tanto de Suecia como de otros países.

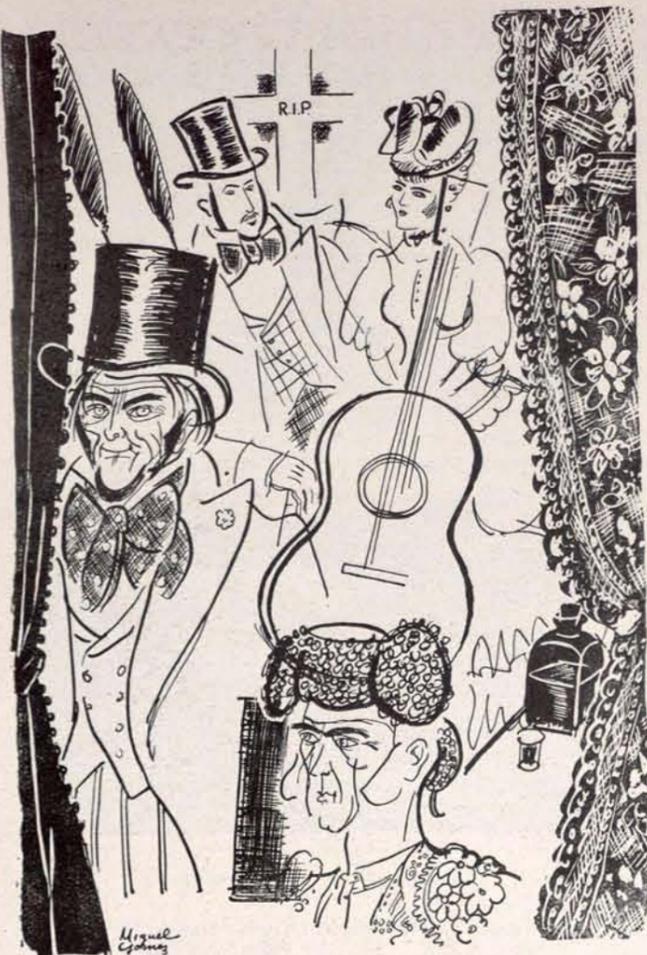
En los alrededores de Estocolmo hay varios castillos reales, que contienen valiosas colecciones de objetos de arte y mobiliario. El más notable de todos es el Palacio de Drottningholm, sobre el lago Mälär. Fué edificado desde 1662 a 1681, y lo rodea un parque, construido según el modelo de Versalles.

Escondido entre los árboles está el pabellón llamado de la China, una perfecta joya. El encantador teatro, siglo XVIII, anejo al Palacio, era el centro de diversiones en el reinado de Gustavo III. Otro resto de la vida frívola y alegre de la corte de este monarca afrancesado es el delicioso pabelloncito, situado en el parque que rodea el castillo real de Haga, en la parte norte de Estocolmo. No lejos de Haga está Ulriksdal, residencia de verano de los actuales herederos del Trono. La residencia de verano de Rosendal, en Djurgården, edificada en 1820, está ahora convertida en Museo Bernadotte.

Añádase a estas bellezas naturales y retrospectivas de la gran ciudad del norte su notabilísima urbanización, una de las más cuidadas de Europa. El viajero se sorprende de la meticulosa limpieza de las calles, de la disciplina de los viandantes y del cuidado coadyuvante de todos para hacer la ciudad agradable. La cortesía proverbial de los suecos hace que la visita en Estocolmo sea una de las más gratas que pueden hacerse en Europa.



Una muestra de la nueva arquitectura sueca.



### P. P. P. C. 4. Radio Ciudad (1)

Va a dar comienzo, amadas y amados radiolectores, la conferencia humorística, titulada "Epitafios", original, vamos al decir, del abajo firmante. Mientras el autor prepara sus cuartillas, no olvidéis que lo mejor para los callos es el calzado estrecho.

¡Atención!... ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

Comienzo con suspiros y lágrimas para ponerme a tono con el tema.

Estos dos endecasílabos han salido al correr de la pluma, sin darme cuenta. Bien es verdad que en verso debiera seguir escribiendo para impregnar de "color local" a esta mi conferencia.

Epitafios. De sobra sabéis que en Roma fué costumbre recordar, en inscripciones grabadas sobre las tumbas, los destinos y grandes acciones que en vida habían tenido o realizado los ciudadanos.

Y, pues que no lo ignoráis, dejadme que aproveche la feliz casualidad de que estamos en el primer centenario del Romanticismo para echar un cuarto a epitafios. Si no lo hago ahora, sospecho que no me sería posible dirigirme a vosotros en el segundo centenario.

Dicho esto a manera de prologoillo, delantal o mandil de mi charla, ambientémonos.

¡Epitafios! Larra, Espronceda; bellas damas pálidas a régimen de vinagre, lágrimas y suspiros; hombres melencólicos, perilludos y "ensombrerados de altas copas"; guitarras que sollozan en íntimo dueto con la armonina (uséase armonium de bolsillo).

Cinco y media de la tarde. Anochece; calles de sauces llorones, cipreses melancólicos; mausoleos; nichos; toses griposas; catarros bronconeumónicos; frío húmedo; estornudos... La capa de Répide; los versos de Marquina. Una pausa; otra pausa; cuatro escalofríos; pañuelos que se agitan sin cesar en, de, por, para, tras las húmedas narices de los últimos románticos.

A buen seguro que mis radioleyentes se preguntarán asombrados: ¿Pero esto es una charla humorística? ¡Epitafios!, ¡lágrimas!, ¡sauces!, ¡suspiros! Y añadirán, "in pectore": "Este tío está como para que le encierren."

Cierto. Estoy como una espuerta de gatos, como estamos todos, desde luego, pero eso no impide que esta charla sea de lo más humorística que se encorrambra.

Porque ¿hay nada más gracioso que algunos epitafios? Y tienen gracia los epitafios, porque las más de las veces son el retrato del "epitagrafiado". Que habéis de saber que el hombre no trabaja en esta vida más que para lograr un buen entierro. ¡Cuántas esquelas de defunción, anticipo del epitafio, tratan al muerto y a los vivos que hacen como que lloran!

Risa da saber que un nombre sobre una lápida es el último "grito" de nuestro paso por la vida. Cuando doña Fría Guadaña de Caronte nos obliga a hacer la última mudanza, hemos de pagar grandes cantidades, a fin de evitar que nos desahucien a los pocos meses, por vez postrera.

El que no compra un pedazo de tierra "yace" con el alma en un hilo, esperando a cada momento que le "echen" de allí, para siempre, y lo que es aún peor: que le pongan a la intemperie de noche y con pala.

Es verdad que en el cementerio todos somos iguales el día que entramos. Todos estamos guardados por el Conserje, de día, y por los fuegos fatuos y el miedo, de noche, pero algunos "viven" aquella tranquilidad unos cuantos años nada más: los que han abonado por adelantado.

En cambio, el que tuvo posibles "vive" tranquilo toda la vida, a menos que a un concejal no se le ocurra hacer una Gran Vía y a la calle otra vez...

Pero no nos pongamos elegíacos y demos una vueltecita por

# EPITAFIOS

(Conferencia romántico-humorística)

POR

ANTONIO ASENJO

"EPITAFIO. (Del lat. "epitaphius", y éste, del griego). M. Inscripción que se pone, o se supone, puesta sobre un sepulcro o en la lápida o lámina colocada junto al enterramiento."

Diccionario de la Academia de la Lengua.

"el "cimiterio" y sus alrededores". "El Niño del Sarcófago" nos abrirá el portón "negropolitano", llorándonos esta mala-gueña:

"En el cementerio entré,  
pisé un "güeso" y dió un "quejío";  
a cogerle me agaché,  
y era el Conserje bebío  
el "güeso" que yo pisé."

Y ahora, después de llevar al Conserje, beodo, a la casa de los muertos, que es la suya, leamos a la luz de la luna unos cuantos epitafios acompañados por el suspiro de los sauces, mecidos al viento.

Epitafios hay, sobre todo en la antigüedad, dignos de recordarse. Veamos:

De una matrona romana:

"Guardó su casa; hiló su lana."

De muchas matronas de ahora habría que poner: "No entró en su casa; gastó la "tela" de su marido; ganó varias copas en el "tennis"; fumó Muratis..."

Escuchad el epitafio de Alejandro el Magno; dice así:

"Una tumba basta para aquel a quien no bastó el mundo."

El epitafio de Virgilio es de Virgilio; vamos, de un gran poeta.

Dice:

"Mantua me dió la vida; Brindis, la muerte; Nápoles, la sepultura.

"Canté los ganados, los campos y los guerreros."

También hay epitafios poéticos "chipén".

¿Quién no se ha conmovido leyendo el esculpido en la tumba de Alfredo de Musset, "por los amigos del autor de la "Vida de Bohemia"?"

Dicen así los versos del poeta, bastante mal traducidos, por cierto:

"Cuando yo muera, queridos amigos míos, plantad en el cementerio un sauce. Amo su lánguido follaje y la dulce palidez de sus hojas; su sombra será ligera, a la tierra en que yo duerma."

En efecto, junto al mausoleo del autor de "Las noches" un



sauce llorón poetiza la melancolía de aquella Meca del sentimentalismo. Tantas bellas modistillas y tantos estudiantes van a diario a llevar flores al poeta y a llevarse un ramito del sauce, que ha sido preciso poner guardas para que el árbol, amado de Musset, no desaparezca por completo.

Magnífico el epitafio de Pardo de Andrade, señor de Puenteume:

"Pequeno de corpo  
e grande de esforço,  
bo de rogar  
e mão de forzar."

Pero dejemos los epitafios serios por los humorísticos; y a reír, hermanos, que para eso nos enfriamos en pleno "cimiterio".

Escuchad uno que hemos leído en el cementerio de Badajoz. Es superbo. Dice así:

"¡Marianita! Nos dejaste a los cinco meses; qué pronto empezaste a darnos disgustos. Tus padres no te olvidan."

¿Pues y éste, que podéis leer en el cementerio de Cabezón de la Sal?:

"Ya murió mi bella amada,  
el astro más refulgente,  
le cogió un dolor de vientre,  
y a las veinticuatro horas  
estaba de cuerpo presente."

Vaya cinco versos rezumando salero.

El que vais a leer es de lo bueno, bueno, lo aguanoso:

"El que está aquí sepultado  
falleció, desventurado,  
porque no pudo casarse.  
¡Cuántos mueren de acordarse,  
del día que se han casado!"

En el cementerio de Santander había, hace algunos años, el siguiente epitafio:

"Calma, padre, tu dolor,  
cese ya tu desconsuelo,  
que yo me voy a la gloria,  
donde me espera mi abuelo."

En el ya derruido cementerio de Espada, en La Habana, se leía en una tumba:

"Aquí yace el Coronel vivo y efectivo Don Fulano de Tal."

Tampoco es malejo el del fundador de la villa de Redondela (Pontevedra):

"Aquí yaz quen sempre faz,  
Aquí yaz quen sempre vela,  
Aquí yaz Joan Corelles,  
Fundador de Redondela."

Ayala escribió su epitafio y le encargó a Arrieta que no dejara de ponerlo en su tumba. El gran músico no lo hizo, porque Ayala había escrito:

"Aquí descansa Ayala.  
Ya no tose."



(1) P. P. P. C. 4, quiere decir en el lenguaje radio-ondístico, Palacio Prensa, Plaza Callao, 4.

En el poético y diminuto cementerio de Padua, patria de San Antonio, la autoridad hizo quitar de una florida tumba el siguiente:

"Caminante: detén el paso y reza una oración por el alma de la bella Antonina, que por vez primera reposa con los pies juntos."

¡Quién hubiera conocido a la bella Antonina!

También merece recordarse el famosísimo epitafio de Quedo a una "dueña", que comienza:

"Fué más larga que deuda de tramposo."

Y termina:

"...y muerta pide y enterrada engaña."

Seña imperdonable olvidar este magnífico pareado:

"Aquí Fray Diego reposa,  
en la vida hizo otra cosa."

En el cementerio del "Père Lachaise" hemos visto el siguiente epitafio-reclamo:

"Aquí yace Mr. Dufanell, que fué un buen padre, buen marido y buen comerciante. Su inconsolable viuda sigue al frente de su acreditada "Boulangerie" (panadería), Rue Grenelle, 235."

Precioso el esculpido en el mausoleo de una esposa; dice así:

"Te espero. Junio, 1895."

Debajo se lee:

"Ya estoy aquí. Enero, 1925."

Treinta años estuvo esperando la pobrecita.

El padre Fray Antonio de Guevara cita en sus "Cartas familiares" (siglo XVI) varios epitafios, de los que copiamos éste, que vió en un Monasterio de Santarem:

"Aquí yaz Vasco Figueira, muito contra a sua vountade."

Este otro le vió en el Acedianazgo de Trasancos (Mondofredo):

"Aquí yaz Vasco Bello, home bdo y fidalgo, que trazendo espada, a nengun mató con ela."

Muy digno de ser consignado es éste, que aún "vive" en una iglesia de Navarra:

"Aquí yace doña Marina, que murió tres días antes de ser condesa."



En Madrid, y en uno de los más poéticos cementerios, he leído:

"Aquí reposa la señora doña Fulana de Tal y Tal, Duquesa, Condesa y Baronesa. Murió a los seis meses de edad. Rezad por ella."

Y, para final, voy a transcribir unos cuantos vistos por mí en el cementerio de..., tente lengua. No os diré en qué cementerio, pero, palabra, que no son inventados. Escuchad.

DIBUJOS DE MIGUEL GOMEZ

Sobre una lápida, un escultor ha "labrado", en magnífico mármol de Monóvar, un libro abierto y dos clavos. Debajo se lee:

"Aquí reposa Angelito Monzonís. Murió a los dos años. Su afición fueron los clavos y los libros."

Los dos que siguen también "se las traen":

"Yace aquí José Lastraey,  
Cursante en Filosofía,  
Que murió cuando debía  
Ser soldado por la Ley."

"También yace su hermanito,  
que de seis años murió  
del destructor sarampión,  
y se llamó Manolito."

Y ahora, a manera de colofón, como si prendiéramos fuego al castillo grande de los fuegos artificiales, un "soneto de diez versos", que es de lo más grande que se ha esculpido en lápida mortuoria. Dice, al pie de la letra:

"A la temprana y pàrvula muerte de mi sobrino Andresito, su tía, indignada, le dedica este soneto:

¡Oh, niño muerto en tu niñez temprana!  
¡El bárbaro doctor fué tu verdugo,  
Y cuando en ello pienso, el ceño arrugo,  
Porque perdiste tu beldad tan sana!  
¡Me acuerdo que un domingo por la mañana  
Te tragaste una espina de besugo,  
Y al ignorante médico le plugo.  
Ponerte sanguijuelas. ¡Cosa vana!  
Pero al cumplir con su deber las sanguijuelas,  
Montado en un querube al cielo vuelas."

¿Hay gracia o no hay gracia en el postrer epitafio? Humorismo, y del más "suculento".

Y como todo tiene término en este mundo, hago punto, no sea que algún radiolector me radioespete mi pitaño.

Por las tijeras y la goma, que no saben firmar,

A. A.



## VERTICAL MARROQUÍ

Por ANTONIO OTERO SECO

### C A S A B L A N C A

1.

Casablanca tiene un cine  
con una mora en la entrada.  
La mora sabe tres lenguas,  
pero es francés lo que habla.  
Casablanca tiene un cine  
con una mora en la entrada,  
y cien bigotes franceses  
entre las blancas chilabas.

2.

Si el Koram te lo prohíbe,  
moro, no bebas champaña.  
Mira que luego se entera  
el muezzin que te emborrachas.  
¡Ay, las voces del muezzin  
en el cielo encaramadas!

3.

Peinetas de las mezquitas,  
clavadas en Casablanca!

4.

Sueños de cal y de arena  
guardan voces desveladas.

(En las altas azoteas  
se suicidan las miradas.)



### C E U T A

Ceuta es eso, y nada más:  
la calle de Andalucía  
para llegar al Islam.

—Como Ceuta es sólo eso,  
a mí lo mismo me da—.

¿Presos en el Hacho? ¿Y qué?  
Mañana nos soltarán  
cuando el cañón de las doce  
caiga de cabeza al mar.  
Unos marcharán a España;  
otros, para Tetuán.

Y si se quedan en Ceuta,  
a mí lo mismo me da,  
porque Ceuta es sólo eso  
—eso sólo, y nada más—:  
la calle de Andalucía  
para llegar al Islam.

Ceuta es un pañuelo blanco  
a la orilla de la mar.

### T A N G E R

Tánger me sabe a manzana  
—tú y yo lo sabemos bien—  
podrida dentro del agua.

Tú y yo lo sabemos bien.  
Tánger: un morito negro  
bailando en un cabaret.

Tánger: un morito negro.  
Y una calleja sombría  
alfombrada de silencio.

En la calleja sombría,  
mujeres de las tres razas  
y una luna sefardita.

Mujeres de las tres razas  
—Marsella, Nubia, Pekín—,  
y en la mano, una manzana  
—tú y yo lo sabemos bien—  
podrida dentro del agua.





... y se forjan una novia de Puck vestida de seda, con infinidad de cintas, y con miles de botones de cristal por todo el vestido, y muy perfumado, y con la cara parecida... ¿a quién?

## Puck, vendedor ambulante por Felix Gite Rodriguez

Vengo del país de los mirlos, y me llaman Puck. Tengo un ojo de vidrio, pero nadie lo sabe. Con él miro las cosas tristes, y no lloro, porque los ojos de vidrio tienen esta rara propiedad. ¡A ver quién viene a comprarme mis tesoros sin precio! ¡Traigo todo lo que puede venderse, y traigo cosas que nadie se atrevió a vender jamás! ¡Me llaman Puck, y soy alegre como la sal en la sopa y el azúcar en el chocolate! ¡Traigo cintas de todos colores, botones de cristal, telas de seda, que de finas no se ven; sueños de soldados galantes y apuestos para llenar las noches vacías de las niñas que empiezan a ser mujeres; sonrisas para las bocas de las viudas jóvenes; camafeos encantados; filtros de amos! ¿Quién se atreverá a dejar pasar a Puck con sus tesoros?

¡Me llaman Puck, y mi vida es como una mañana de domingo, tan larga como los caminos que van al cielo! Mis anillos de boda redondean la felicidad. ¡Cintas de todos colores; polvos de arroz con aroma de jazmín; ungüentos, cordiales, bálsamos! ¡Puck regala a las niñas que le compran la voz de los astros que gobiernan los secretos del amor!

¡Aquí está Puck con su mirlo, su acordeón y sus riquezas! ¡Tararí, tararíiii!...

La calle, la mañana y el alma jovial de las casas encaladas de blanco, de azul, de ocre, se han llenado de Puck y su pregón. Tiene resonancias inexplicables el trozo de balada que va reconstruyendo el mirlo, en el agua de la fuente, el sol que desnuda justamente la mitad de la calle, y la algazara de un niño que corre persiguiendo a un gato alocado.

Puck monta su tenderete en la plaza, sin interrumpir su pregón. Burlonamente se ha puesto un clavel detrás de la oreja, para tirarlo más tarde a la primera muchacha que pase y le sonría. Puck canta ahora, con palabras de otras tierras, una canción que no tiene sentido y que sólo el mirlo se atreve a repetir. Las niñas se le acercan con un revuelo tímido de alondras curiosas, y Puck canta para ellas el romance de un pueblo de duendes que nunca fué a la guerra y que tenía siete grandes ciudades, todas en fila, dentro de una caña de bambú. Los ojos de las niñas son ahora de esmalte húmedo, por el anhelo y la sorpresa. El mirlo se ríe por todas sus plumas, y Puck le tira una palabra gorda, espesa, áspera, que nadie comprende, pero que todos saben es una blasfemia, porque el mirlo se calla y mira para otro lado, avergonzado.

Nadie en el pueblo sabe de dónde viene Puck, cuando llega, siempre en el mes de mayo. Nadie sabe dónde nació, ni si tiene hermanos, o una casa, o hijos; ni si se le murió nunca nadie, porque él responde siempre con palabras tan ligeras, tan enigmáticas, que, al mismo tiempo que no sirven para construir nada, sirven también para que todos construyan mil imágenes distintas de Puck. Así, los hombres en la taberna hablan de que tiene dinero ahorrado en otra tierra, y hasta un almacén. ¡Un almacén!... Y los que escuchan al que aventura esta suposición dicen: "¡Ah!... ¡Oh!..." Y se po-

nen enseguida a imaginar un gran caserón lleno de cajas, repletas de cintas, botones, perfumes, telas y otras cajas más pequeñas, que no aciertan a decirse claramente qué guardan. Y las mujeres piensan si Puck tendrá hijos, y cómo serán; y los niños se cuentan entre ellos que sí, que Puck tiene un padre y una madre, como cualquiera, pero que no son iguales a los de ellos, porque son así... ¿Cómo? De otra manera... Y a las muchachas se les ocurre comentar si Puck tendrá novia, y se forjan una novia de Puck vestida de seda, con infinidad de cintas, y con miles de botones de cristal por todo el vestido, y muy perfumado, y con la cara parecida... ¿a quién? Y aquí ya no aciertan a responderse, y se marcan riendo, preocupadas, diciéndose que sí, que le han de preguntar a Puck cuando vuelva. Cuando vuelve Puck le preguntan:

—¿Tienes novia, Puck? ¿Cómo es? ¿A cuál de nosotras se parece?

Y Puck se ríe, y se ríe el mirlo, y ellas también se ríen. Hay un momento en que, sin saberlo, se ríen también la calle, las casas y hasta los grandes castaños que tienden su sombra sobre la hierba para que Puck monte su tenderete.

—¡Adivina adivinanza! Mi novia se parece a todas vosotras, pero no puedo decir a cuál se parece más.

Y Puck hace un guiño con su ojo de vidrio, ese ojo que sonríe siempre, como si se creyese un ojo de verdad.

Puck viste de verde, lleva sombrero alón con una pluma de muchos colores, con la que barre la hierba de la plaza cada vez que pasa una muchacha, y él, gentil, le hace reverencias; y fuma continuamente una pipa muy grande, de la que sale el humo por la cabeza amarillenta de un tigre. Años hay en que se le ve arrastrar un poco la pierna izquierda, y entonces el mismo mirlo está tristón, cohibido, como si fuese él quien arrastrase una pata y le doliese y esto le pusiese de mal humor; y hay otros años en que Puck se mueve ligero, con gracia de planta flexible, y entonces dijérase que, tanto él como el mirlo, han olvidado piernas y patitas y se mueven sólo con las alas, un poco en el aire, suspendidos, como sin darse cuenta.

A todo el mundo, en el pueblo, le ha ocurrido infinitas veces preguntar: "¿Qué edad tiene Fulano?" Pero a nadie se le ha ocurrido nunca preguntar: "¿Qué edad tiene Puck?" Porque la edad de Puck no se pregunta, ni se supone, ni se dice. La edad de Puck es la edad de Puck, y nada más. Y esto es como si no tuviese ninguna; como si estuviese hecho fuera de los días, y los meses, y los años, resbalando dulcemente por una eternidad de pregones y gentiles bribonadas. Sólo una vez ocurriosele a un niño preguntara otro: "¿Crees tú que Puck fué niño alguna vez?" Pero fué tal la confusión que edificaron sus dos fantasías, que, temerosos, decidieron al fin que no, que no sabían, que tal vez; y echaron a rodar con sus aros las suposiciones, y Puck quedó incólume, como siempre: Puck, y nada más.

Así era Puck, y así es en la memoria del pueblo.

Porque ya hace cuatro años que no viene Puck con el gentil mes de mayo, y todos siguen hablando de él, como si acabara de estar allí. Y se dicen: "¿Recuerdas lo que dijo Puck cuando estuvo aquí por mayo?" Y ya no dicen más, como si Puck fuera mayo y mayo fuera Puck, y todos los mayos de todos los años, ya para siempre, trajeran a Puck entre sus flores; semejante a las mariposas, que vienen también en ese mes, y todos dicen: "¡Vaya, ya están aquí las mariposas!", pero a nadie se le ocurre pensar que son otras, distintas de aquellas que estuvieron allí otras veces.

Y así, despacito, con su música, es como vive Puck su eternidad.

Del libro en preparación BIOGRAFÍAS IMAGINARIAS.

## ILUSTRACIONES DE ARTECHE



Así era Puck, y así es en la memoria del pueblo.

# CARTA A BRUTO

Por ENRIQUE AZCOAGA

## Contar es lo importante...

Amigo: Cuando hayas abierto el correo te habrás sorprendido. No es tu padre, tu madre o tu novia los que se ocupan de ti. Hay uno más. Estás acostumbrado a que en tu empleo, y como guía para tu actuación en la ciudad, el padre, desde el lejano pueblo, te recomiende prudencia, cautela, "vista". Solo hecho a que desde el mismo lejano lugar, la madre, contra el frío, te aconseje la práctica bufanda y en verano no un exceso de duchas. Recibes de vez en cuando un pensamiento bien pensado en el devocionario o en la novela folletinesca de tu novia lejana—¡y menuda moza!—; la machaconería de sus palabras, que "te quieren siempre y por encima de todo", cierta postal cursi iluminada con un sucio puro, un blanco sobre y una blanca paloma, etc., etc. Pero lo que nunca te había sorprendido era una carta impresa.

Tus heroicidades—mantenerte, sobrevivir, poder ir al cine a contemplar esas "buenas películas de terror", sostener unas relaciones a fuerza de cafés, medias tostadas y delanteras de paraíso los días festivos (porque mira que desde allí se ve bien), y prepararte dignamente para el matrimonio—te valían siempre el aplauso de los tuyos, la estimación del dueño del zaquimami de tu lugar, en el que de todo se vende, y la generosa bendición del clérigo de la aldea. Nunca pensaste que a ti se te pudiera enviar una letra impresa. Jamás que desde las columnas de un periódico se te recordara letra a letra cierta galerada que al calor de un sobre y condecorada por un sello con barbas de Ruiz Zorrilla, Costa o de Ramón y Cajal, días antes en tu ordinario correo, habías recibido.

Nunca, sin embargo, dudaste de la paciencia de los escritores. Poco te preocupó el que "predicar en desierto fuera sermón perdido". Y hubiera resultado excesivo pensar—que tú pensarías—que un escritor había concebido la idea de hablarte lenta, epistolarmente, de lo humano, lo urbano y lo divino. Que un escritor que cree nuestro tiempo poco apto a las sorpresas, con lo por todos olvidado, deseara sorprenderte. Encantarte, si podía. Hacerte comprender que el hecho de no estimar una obra de arte, aplaudir una reforma pertinente o considerar en su estricto valor un suceso nacional o mundial—artístico, político, literario, sociológico, vital—depende quizá del temor que los escritores tienen de dirigirse a ti, simple, llana, lisamente.

Ellos no pensaron—y en eso de ellos, al originar estas cartas, solamente nos diferenciamos—que al dirigirse a ti nadie se da por aludido. Ellos no pensaron que tú, que por aludido no te das, sirves para que los demás, indirectamente, se preocupen. Ellos dudaron de que dirigirse a ti, que es el hecho más intrascendente de la vida—¡y júrame que no te enfadarás!—podía tener alguna trascendencia.

Nosotros pensamos lo contrario. La literatura, creemos, hubo un día que se elaborara para que los lectores reaccionasen aludidos. La literatura se hizo a veces para llamar al lector. La literatura de muchos escritores nace hoy, sin embargo, más que para aludir, para los que se dan por aludidos. Por este camino, amigo, la literatura va al precipicio. Hay, para evitar tan triste muerte, que suprimir al aludido, y al que como aludido se encocora, sobre todo en la literatura periodística. Hay que, en lugar de aludir, "hablar de", y no monologuando, sino hablar contigo de esto y de aquello, de todo lo que a nuestra vista, con defectos o virtudes, baile a una segunda persona inmutable. Lo más, tú, Bruto amigo. La más, el bruto más bruto de todos los brutos. Que al no querer aludir, contándoselo a él, todo quedará en el aire como una mariposa: sujeto y en vuelo.

Porque nosotros pensamos que tú, que no vas a lo tuyo—sino que lo tuyo te lleva—; que tú, que jamás sabes—unamunemente—meter en la vida tu "morcilla", porque tienes la tripa siempre a punto, pero te falta el grano, podías escucharnos. Pensarlo y hacerlo; pensar y escribirte la adjunta carta fué todo uno. Perdona que tantos por ella te llamen bruto. Perdona que tantos por nuestros envíos se sorprendan de que puedas merecer mi atención sin enfadarte, y que al no sentir tú la alusión, yo goce extraordinariamente viendo que nadie me lleva la contraria.

Porque contar, amigo, es lo importante. Pensaste a veces que lo imprescindible era bien vestir, marchar mejor, redactar justamente epístolas, no tropezar en los pasillos de los teatros, vivir para ti, en suma. Pensaste alguna vez que lo magnífico hubiera sido llegar a ser ministro, debutar como protagonista de una buena ópera y entonar gentilmente arias sin cuento. En muchas ocasiones, ¡llegar!, gastar copa y hongo, poder estar abonado a todos los estrenos, estrechar la mano de un concejal, con quien siempre tomar café, escribir un gran drama de tesis o construir una novela "bien vivida" hubiera sido tu ideal. Observaste demasiado que una carta a tu novia por nadie jamás fué aplaudida. Comprendiste frecuentemente que los niños—los hijos de tu dueño, los infantes de un amigo—, al sentirte contar los cuatro o cinco cuentos que de tu infancia recuerdas, se aburrían, y a menudo te aseguraban no parecer verdad. Tartamudeaste al apartar tu entrada en la taquilla. Te avergonzaste al no encontrar palabras con que advertir a una señora la caída de su bolsillo. Toleraste que un reumático, que pisándote fuertemente dejó en ridículo su reuma, creyéndose ofendido por tropezar con tu pie, te increpara muchas veces. Y todo, por al contar no darle importancia.

Hace tiempo te hicieron pasar por la vergüenza de no haber respetado a la mujer del prójimo, por atropellarte al hilvanar tus palabras. El empleado de Correos creyó que no sabías llenar el impreso telegráfico, porque no te dió tiempo a explicarte. En la tribuna parlamentaria, uno "de los de tu idea" te deformó la rosada calidad—¡tan sana!—de tu rostro, porque queriendo unirte a su contenido y redoblarlo, se te trabucó la dicción y te creyó adversario. Y siempre—es una de tus penas—, al pedir chocolate con churros en la modesta chocolatería, te sirven chocolate con buñuelos.

Sin embargo, contar nunca te pareció importante. Sin embargo, saber contar jamás te pareció preciso. No te importó machacar, no te importó tartamudear, no te importó que te

equivocarán, y sigues, por no pararte y aprender a contar, ingiriendo buñuelos en lugar de churros.

Para rogarte lo contrario es la presente.

A tu tienda no habrá llegado la noticia de la decadencia de la novela, y yo, por ello, te la escribo. ¿Y sabes cuál es la causa de que la novela decaiga? Pues—¡qué casualidad!—el que muchos escritores, como tú, frente al triunfo del reumático que te increpa, del camarero que a comer churros te obliga, y al lado del que impertinente e ineducado te llama, no quieren enterarse de que saber contar es elemental. De que contar es lo importante.

Por ahí hay ciertos charlistas, que los amigos de tus tíos—los que viven en la calle de Lista—, te ponderan. Pues esos, como tú, son el barómetro de la depresión, que origina en lo espiritual español el no saber contar. Ellos, como tú, no encuentran motivo en el cuento para, sin afectación ni gestos de actriz coja y aflautada, interesar. Ellos, como tú, amigo Bruto, creen que hay que accionar, hablar de temas sensacionalistas, plantear para preocupar situaciones de gran espectáculo...

Olvídalos, amigo. Olvídate y atiende. ¿Te preguntaste en tiempos qué fuera hablar? ¿Te exigiste saber lo que contar suponía? ¿O confundiste contar y hablar lamentablemente?

¿Viste, quizá, alguna vez, un río? Pues contar es ser río. Como un río discurrir. Como un río enriquecerse de las reverencias de los árboles y del azul del cielo. Contar es hablar sobre las cosas, pero no enfáticamente al aire (que para hablar al aire es preciso ser esa cosa tan difícil que resulta un poeta). Contar es, precisamente, medir nuestro personal énfasis. Medir el enfatismo personal en los collares que el río de nuestras palabras a las cosas brinda.

Contar, Bruto querido, no es como creyeron los novelistas decadentes, los charlistas y los brutos como tú: hablar de las cosas. Los ríos no hablan del cielo, ni de los árboles ni aun de las piedras o de los aves que por encima de ellos se hacen más puras. ¡Si eso fuera! Probablemente es lo contrario. Y si te asusta, por lo menos, muy diferente.

Si te dijera que contar es convencer a las cosas, prométeme tu claro entendimiento. Si yo al oído te susurrara que contar es lograr que las cosas hagan causa común con el caudal transparente de nuestra alma, no gesticules, Bruto ausente. No asegures con facilidad: no entiendo esas palabras. Porque es que entonces sabes muy poco de la gracia. Porque es que entonces, cuando fuiste de merienda, sólo procuraste colocar en el río tu botella para que se refrescase, y siempre es preciso ver que el agua es el canto fiel de los guijarros de su fondo.

Muchas veces te ocurrió, sólo poder decir de un suceso, que era bonito, turbio o desgraciado. Muchas veces te cortaste al hablar de lo que te produjo placer, alegría y hasta risa. Fueron varias las ocasiones en que, en lugar de subrayar la gracia, reíste, y en vez de destacar la tristeza, lloronamente gesticulaste. ¿Qué te pasaba?

Bien lo decías: "¡Si yo tuviera facilidad de palabra!" Y despreciaste esta afirmación: ¡si yo supiera contar! No escribir, claro; ¡horror campoamoriano! No transmitir, levantando la piedra de una sensación, ante un suceso, que eso es ya la cascada, o la espuma, o la onda, sino, simplemente, recostar tu seguridad en las cosas.

Contar—y heriste al río que tú ensuciaste con los restos de una gran tortilla—es, ante todo, tener seguridad. El que sabidamente cuenta, es el que con su voz en el mundo, bien medido, se sabe y se sostiene. El que con ese gozo que nos concede la palabra exacta—y la palabra exacta es cifra y ambiente, signo y son—, no tiene por qué preocuparse de su razón, cuando sus palabras son ya algo más que guarismos débiles de una razón ordenada. Contar es ver, con la luz en nuestros labios, el suceso de las cosas, con su aire y su música, justificando una música y un aire personal, garbosos.

Tú crees que es contar en todo caso enumerar. Tú crees que el detalle tiene algo que ver con el cuento. Y no. Las cosas, para el que bien cuenta, no están ahí, secas, escuetas, determinadas. Las cosas, para el que bien cuenta, están ahí logrando una sinfonía. En el que cuenta, la sinfonía de sus palabras.

Ver el mundo sinfónicamente no es algo fácil. Tú muchas veces, asomándote por la trastienda, has cantado al patio. De ningún modo el patio te contesta. Y, sin embargo, cuando sinfónicamente se ve el mundo, hablar al mundo o hablar de ese mundo, ya es contar. Porque es que entonces, sin suponerlo, hablar del mundo te importa tanto como hablar de ti, y es generoso. Porque es que entonces, sin suponerlo, sin darte por aludido, contando lo que no crees tiene gran importancia, te nos cuentas.

Cuando contar no sabes, o no sabes en qué consiste contar, hablar de las cosas es arte. Cuando contar ya sabes, porque ya sabes en qué consiste contar, hablar de las cosas es darte—desatarte—simplemente.

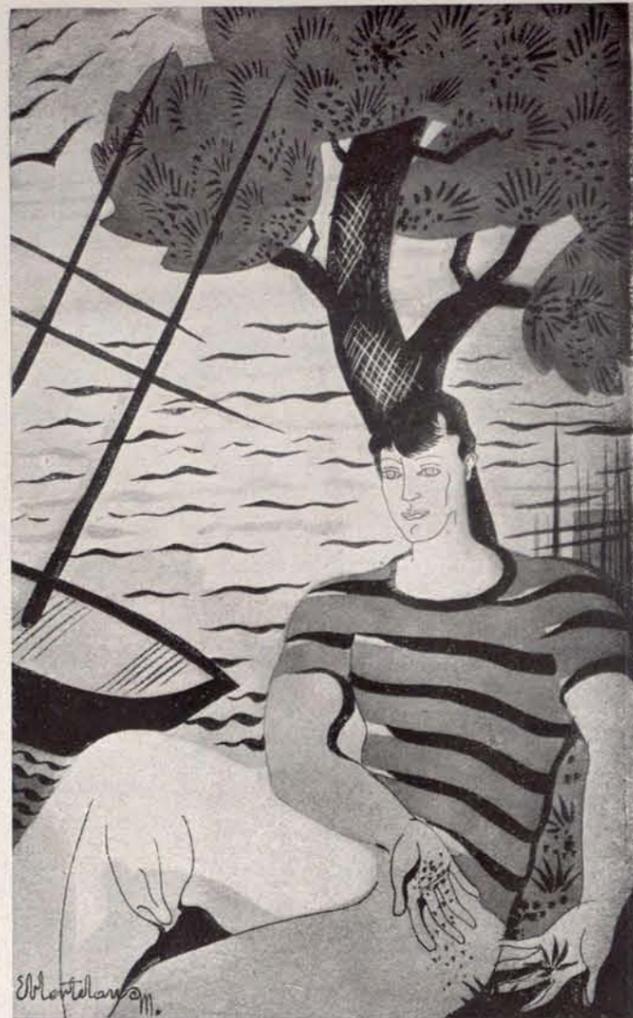
Y eso es lo que importa, Bruto. No estimarse tanto. Huir de lo esquivo. El que nos cuentes cosas. El que contemos cosas. Contar las cosas, en suma. Porque sin darte cuenta, a las cosas te cuentas.

Pero dirás: ¿y por qué contar cosas? ¿Por qué no hablar de las cosas?

Hablar de las cosas, sí, pero sin perderlas de vista. Ese respeto es lo que trueca la narración en cuento. Salir dispuestos de las cosas a contar sus límites, pero sin que los límites se pierdan de vista por nuestra mirada.

¿Qué eso es limitarse? Sé, Bruto, amigo, pero no seas bobo. Eso es engrandecerse. No olvides nunca que Fray Luis escribió "Morada de grandeza". Nunca nos habló Fray Luis de León de la grandeza al aire, de la grandeza al aire libre. Sé que dirás, que por qué molestar a Fray Luis. Pero no temas. Fray Luis no se ofende. Precisamente está siempre en estas dos palabras vivo, enseñando a contar. Fíjate bien: "Morada de grandeza". Grandeza en morada. ¿No ves? Contar es lo importante, porque vistas las cosas grandemente, logrando ver las cosas como una sinfonía, decirlo es ampararlas. Es a nosotros referirlas. O referirnos a las cosas. O—¡y sí que es curioso!—lograr, contando, vivir.

¿No sabías eso? Pues no te acuestes sin saberlo, porque esa es la mejor lección de los poetas: contar es ayudar a vivir. Lección que puedes aprender si, mirando los ríos, observas su mansa alegría por ir contando a su través purísimo los detalles de su fondo y cauce. Lección que puedes aprender si alguna vez ves pescar. Que la sofoquina de espumas de los ríos, cuando el ladronzuelo deportivo les arranca el pez, siempre más bello, se debe a que, muy enfáticos, con discurrir sobre las cosas majestuosamente se conforman, y no permiten ingerencias pícaras, sino vidas, amigo Bruto, que igual que ellos discurran.



## POEMAS DE LA MAR

Por ALEJANDRO CASONA

### QUERENCIA

Mi barco nació en el monte;  
era un abrazo de pinos  
verdes en el horizonte.

Hoy, salobre y mareante,  
¡qué alborozo de la costa,  
y qué relincho de savias  
en los mástiles sin hojas!

Verdes pastos de mi sangre,  
pinas de la ribera,  
campo verde, viento verde...  
¡Capitán, cuando yo muera,  
entiérreme en tierra verde,  
de cara a la primavera!

### EL BARCO CIEGO

Senderos de la mar...  
La mar tiene senderos  
donde todos los días  
pisan los mismos vientos.

Mi barco marinero  
repudió los caminos,  
erizados de remos.

Mi barco marinero  
se dejó los relejes  
y las sebes del viento.

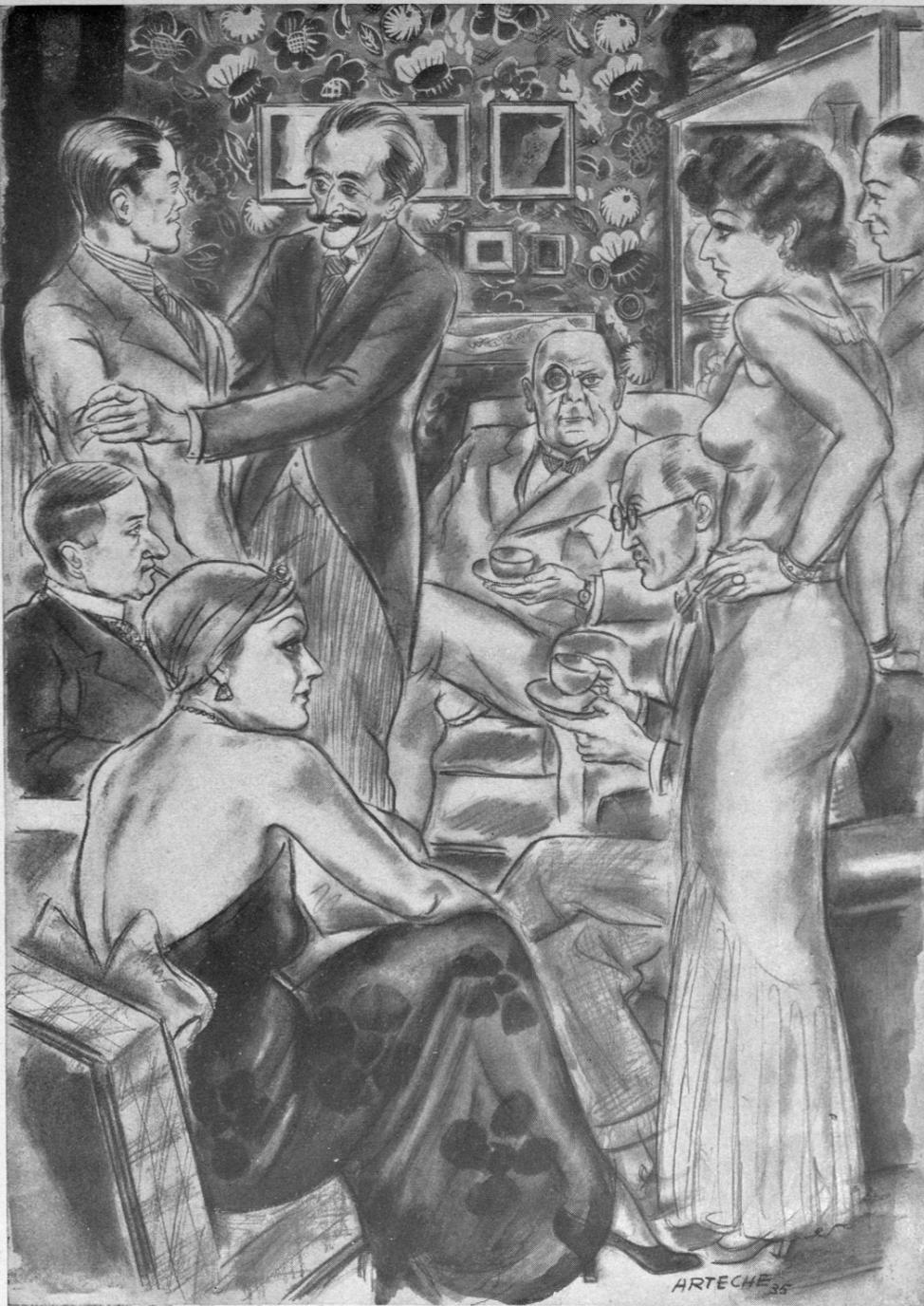
Y afilaron su proa  
los oleajes nuevos;  
y se vendió los ojos  
para no ver el puerto.

Rodeado de noche,  
mi barco marinero  
deriva sin orillas,  
cantando a campo abierto,  
tropezando en las olas  
a tientas con los remos...

¡Las estrellas repican  
sobre mi barco ciego!

# MANIA Y TRANSITO DEL DOCTOR CHERUBINI

un cuento de  
EDUARDO BLANCO-AMOR



Cherubini recuperaba entonces su sonrisa disecada y se echaba a palpar otra vez lomos y a elogiar carnes.

A través de mis frecuentes excursiones por la psicología de los tipos extraños he llegado a concretar una ley general para mi uso particular, pero de la que hago generosamente partícipe al lector, a fin de contribuir al acervo de su cultura. Y es ésta: Los espiritistas suelen ser al mismo tiempo, sin saberse por qué sutil relación, vegetarianos, anarquistas individualistas, esperantistas, internacionalistas y practicantes de los baños de asiento, preconizados en la medicina naturista, crudívora y helioterápica del doctor Khüene. A su vez, los anarquistas suelen ser esperantistas, internacionalistas, crudívoros, etc. Y los esperantistas, muy frecuentemente, son naturistas, anarquistas, espiritistas... y así sucesivamente. Desde el año 86, este complejo mágico-dietético-filológico-social, proliferó una nueva rama: la necrofilia trascendental, que no tiene nada que ver con la sucia práctica de quienes desentierren los cadáveres con fines aviesos y freudianos, ni siquiera con quienes los entierran con el simple fin de enterrarlos. La necrofilia trascendental es una forma de tan ardiente amor a los cadáveres, que no se detiene hasta verlos reducidos a cenizas. Para evitar confusiones, yo propongo el siguiente neologismo: "necropiría"; a sus practicantes se les llamaría "necropíricos", con lo cual propenderíamos a enriquecer nuestro idioma con unos cuantos vocablos de gran dignidad clásica. Pero no divaguemos.

Vengo a que en la tertulia del Dr. Herr von Strumdium—miércoles de Buenos Aires—, doctor en contrapunto, *Kontrapuntichdokter*, coleccionista de cueros tatuados, telas aborígenes y de estrafalarios seres, conocí al no menos doctor Ercole Cherubini, que era un gran apóstol de la cremación de cadáveres. Tan dominante había llegado a ser en él la benéfica manía de convertir en pavesas los restos de sus semejantes, que este elemento de su complejo psíquico había terminado por devorar en su llamarada todo el espesísimo bosque de las otras preocupaciones higiénico-sociofilológicas. Hasta tal extremo, que el doctor Cherubini co-

mía otra vez chorizos y tallarines "al pesto", se daba sus buenos suspiros de "grappa", no le concedía la más remota importancia a las virtudes dietéticas de la nabiza y hasta había dejado de recitar aquella bellísima oda en esperanto, que empieza:

Tamparakatia masuta liviana  
nos trumbia lasziate what jeta loká  
and la rebumbia fargalla gagá  
la trinkapeida kañiza lontana...

—Bueno, bueno... ¿Cuándo me firma usted eso?—era la pregunta que a todos nos formulaba Cherubini cada miércoles de los cincuenta y dos miércoles del año y de varios años.

Eso era nada menos que el compromiso de cesión del cadáver, poniéndolo a las órdenes del Comité Internacional de Cremación. La pregunta era hecha con un tono entre amenazante y guasón, mientras por bajo el alerillo de las cejas de cáñamo nos pellizcaba con unos guiños de azul desleído, entre mansurrones y cínicos. A veces me cogía por ambos brazos, a la altura de los bíceps, y exclamaba con una delectación enteramente culinaria:

—¡Estos son músculos! ¡Menuda hoguera! ¿Cómo osaría usted dar esta maravilla a los gusanos?...

Y la risa se le hacía macabra, llenándosele de huesos amarillos entre cartones, menos los cuatro superiores que tenían el muerto verdín de estanque de todos los dientes postizos de la ancha tierra.

—¡Firme usted, hombre, firme usted!

Y alargaba sus papeles sebosos, con los *Sres. D.* y las líneas de puntos

—Y usted, señorita Clara—le decía a la ex joven contralto, clasificada en la colección de Herr von Strumdium

ILUSTRACIONES

DE

ARTECHE

como safista intelectual—, ¿qué diablos espera? Un día de éstos, al salir del teatro, la asesinarán los cuchillos de la pulmonía e irá usted a pudrirse lenta y suciamente en un nicho, mientras pasean sobre estas bellas carnes los *curtoneuros*—aquí se le engolaba la voz, tomando tintes académicos—, las legiones de menudos dípteros repelentes: la moscarda verde-metálico, llamada con nombre de égloga "lucilia"; después, la "magnífica sarcófaga", vestida de *soirée* con su capa purulenta de rayas negras y amarillas. Cuando este moscón suntuoso, amiga mía, entra en la horrenda escena de la putrefacción, "la piel del cadáver—dice un tratadista—toma un color entre amarillento y rosa sucio", menos el vientre, que es de un túrgido verde claro, tirando a cebolla, y la espalda, que toma unos violados tintes de gangrena. En cuanto a sus maravillosos hombros, hoy cubiertos de manteletas y armiños, se escoriarán en la putrefacción butírica, semejando áspera piel de queso Provolone. Luego, ese rostro, hoy terso (en realidad, no era tan terso), se irá destilando en unos goterones ácidos, que se conocen como sebos...

—¡Por Dios, Cherubini, cálese, cálese, con todo ese asco y ese horror!—decía espeluznada la apócrifa princesa rusa de Orloff, que vivía de la cartomancia.

—Nada de falsos terrores, señora mía, que esa es la verdad cruda y desnuda, y lo que hay es que cocerla y vestirla de rutilantes llamas—contestaba el apóstol de la cremación, y añadía, sopeteando el chocolate—: Y eso que no quiero hablarles a ustedes de las reiteradas generaciones de insectos carnívoros, provistos de largas cerdas dentadas, de las nubes de menudos escarabajos...

—¡Por Dios, por Dios, Cherubini!...

—... Y luego, ese espanto de la fermentación amoniacal y la invasión de unos ácaros ganchudos, que la emprenden con los restos, momificados ya...

—Bueno, señores: esto es intolerable—terminaba diciendo el agitado concurso, y pasábamos todos al salón, colgado de miniaturas francesas, telas calchaquíes y pequeños marcos de hueso, conteniendo delicados tatuajes humanos.

El Dr. von Strumdium, con su monóculo opaco en un ojo sin ojo, se hundía en su butacón color gris rata, sonreía con fofos carrillos colgándole de las mandíbulas degeneradas y el ojo sano, bociudo y saliente, en forma de media nuez, se le cubría de sucios gozos, sin motivo aparente.

Cherubini recuperaba entonces su sonrisa disecada y se echaba a palpar otra vez lomos y a elogiar carnes:

—¡Qué cadáver, señor, qué maravilla! Nada, nada: usted, con esas grasas jóvenes y esos músculos elásticos, sería cuestión de un momento. ¡Biumf!—e imitaba con las manos la expansión de la llamarada en el aire.

—Pero ¿es que usted no piensa nunca en usted—le pregunté un día, amoscado—, en esos parches de tambor que le cubren el esqueleto? ¿No se los imagina usted ardiendo como periódicos atrasados?

Cherubini se ponía entonces sombrío y contaba otra vez su historia, mimándola con teatrales miradas oblicuas y rechinar de dientes. A veces se mordía el codillo del índice y mascullaba sucias palabrotas de *vendetta*, en esquinado lenguaje dialectal, del Sur italiano.

—¡Yo no puedo morir, no debo morir, me está prohibido morir!

Y zaqueaba a pasos huesudos, de hombre de trapo y madera, el saloncillo, mientras el Dr. von Strumdium le seguía las breves rutas con su mirada viscosa de pulpo cíclope, como esperando que a cada momento resbalase en